

UN BILLETE DE CINCUENTA

Por Gastón Busajm Mellado

Fecha de recepción: 2/08/2024-Fecha de aceptación 28/09/2024)

No hay mejor sensación que encontrar plata. No importa que sean cinco o diez pesos y que apenas alcance para comprar un chicle. El solo hecho de toparse con ese papel mugriento y arrugado dentro de un bolsillo o tirado en la calle te vuelve más afortunado que hace un instante. Al menos eso pensaba hasta que un billete de cincuenta llegó a mis manos.

Unos días atrás tuvimos que vaciar el departamento de mi abuela. Falleció hace casi un año, pero ni mis tíos ni yo habíamos juntado el valor para realizar esa tarea. Toda la familia se aferraba a una ilusión infantil: si nadie entraba, su recuerdo quedaría allí, intacto en esa casa con olor a naftalina.

A mí me tocó la tarea de vaciar los cajones de la habitación principal. Ahí lo encontré, aunque no me siento cómodo del todo con esa palabra. Tengo la extraña sensación de que él me encontró a mí. Era un billete negro con la cara de San Martín en cuyo reverso tenía escrita una breve frase: "Me muero de frío, no veo la hora de volver a verlos". Quien lo firmaba era mi padre, el 15 de mayo de 1982.

Ese billete no me robó una sonrisa, no me volvió más afortunado, sino que me demostró lo injusto que había sido con mi padre. Antes de que llegara a mis manos, él era apenas una idea, un recuerdo en la voz de otros. Era una palmada en la espalda, un acto en el colegio y algún reconocimiento el 2 de abril. Esa frase escrita por su puño y letra lo corporizó, lo volvió real. El nudo todavía me atora la garganta. Murió a los veinte años, en combate, congelado y extrañando a ese hijo que no conocería. Mientras su madre leía en los diarios que ganábamos la guerra, él se ahogaba de tristeza en medio de bombardeos. Tiritaba entre balazos, al mismo tiempo que en la patria que defendía se afanaban las donaciones de su pueblo. Junto a tantos compañeros retrucaba con valentía las ofensas de un imperio y las desventuras de un gobierno asesino. Un montón de pibes que se transformaron en héroes regando con su sangre esas islas arrebatadas. Y yo me daba el lujo de no darle importancia cuando las llamaban Falklands, me permitía no angustiarme cada vez que se recordaba a los héroes de Malvinas.

Dicen que la nostalgia es el sentimiento de pena por la lejanía o la pérdida de alguien o algo querido. Una sensación inexistente en mí antes de encontrar el billete. Esta nostalgia que siento no es solo por mi abuela, no es solo por ese padre que no llegué a conocer. Es la nostalgia de mi tierra, de esa madre que aún llora a sus hijos. Unos chicos que salieron de su casa y no volvieron por defender a esta patria muchas veces injusta. Pero no se confundan, no me arrepiento de este sentimiento, porque la nostalgia es la enemiga del olvido. Y ese billete de cincuenta, mi pasaje a la memoria.